

Narrador Infantil

CUENTOS PARA NIÑOS

POR

Antonio Carrillo de Albornoz

SORIA
IMP. DE FERMÍN JODRA
1905



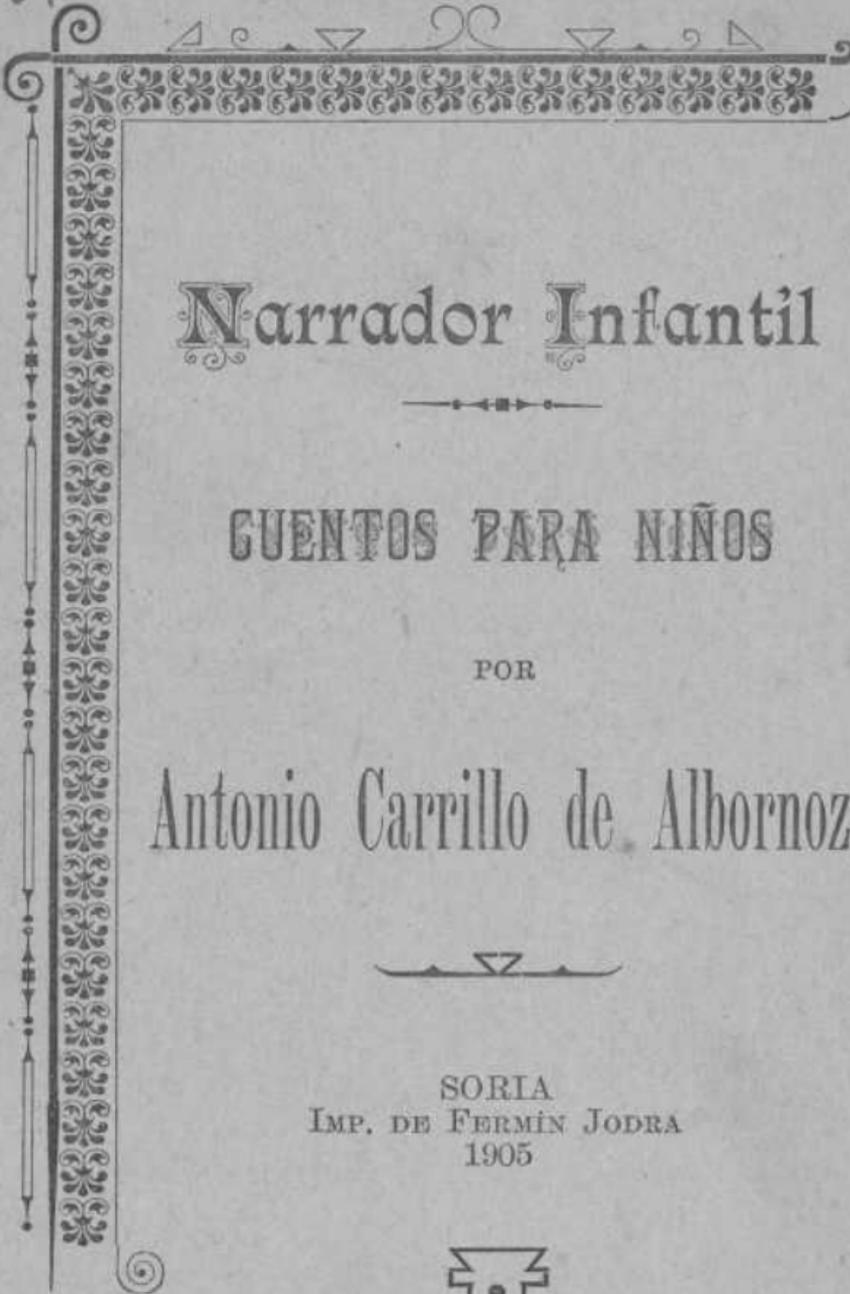
B.P. de Soria



1064506

SS-F S-32

L. 17328



Narrador Infantil

— — — — —

CUENTOS PARA NIÑOS

POR

Antonio Carrillo de Albornoz

— — — — —

SORIA
IMP. DE FERMIN JODRA
1905



PUES SEÑOR...

Yo soy un amigo tuyo; cuando empieces á leer este libro, puedes decir que tienes un amigo más, que va á enseñarte muchos sucesos nuevos y divertidos, que te va á narrar cuentos que no has oído y que tiene sobre todos tus amigos de ahora una gran ventaja: la de que no te llevará jamás adonde no debes ir, ni te enseñará lo que no debes saber. Nunca, ni tus padres, ni tu maestro te reprenderán por mi causa, y al contrario, cuando tengas un rato libre del estudio ó del trabajo que te encomienden y digas: «Voy á pasar un ratito con *mi amigo el libro*», lo verán todos con mucho gusto.

Hablaremos, pues, muy á menudo. Ya sabes que el hombre habla cuando escribe y escucha

cuando lee. Escúchame á mí, leyéndome, y verás cuántas cosas sé. Yo he corrido muchas tierras y he oído á muchos sabios y á muchos hombres graciosos y decidores, como tú me vés á oír á mí. De este modo son también amigos los hombres. Ya ves tú, si algún día te separas de tus parientes, les escribirás, ellos te escribirán á tí, y de este modo seguiréis vuestro trato. Síguelo ahora conmigo, y no te pesará. ¿Quieres que empiece por contarte un cuento que me enseñó á mí un señor una vez que estuve enfermo con calenturas? Verás.





II

LAS DOS AMISTADES

Este era un buen muchacho que se llamaba Ramón. Tenía un amigo llamado Manolo, y en los primeros años, juntos iban á la escuela, y juntos merendaban, y juntos jugaban á la pelota, la rayuela ó el toro; pero andando el tiempo, Ramón se fué separando poco á poco de todos sus amigos, y sólo pasaba con ellos el rato los días festivos y algunos escasos momentos entre semana. Año tras año, Ramón salió del pueblo para ir á seguir sus estudios á la capital, y quedóse Manolo con sus amigos en el lugar, perdiéndose de vista los dos jóvenes durante mucho tiempo. Ya Manolo era un hombre, y cuando las personas de más edad le preguntaban cómo pensaba vivir el día de mañana sin oficio

ni beneficio—pues entretenido con los ocios de sus amistades, apenas si aprendió á mal leer y escribir, solía contestar:—Mientras vivan mis padres, ellos me mantendrán, y cuando ellos falten, ya me favorecerán mis amigos... ¡tengo tantos!

Murieron, efectivamente, sus padres al poco tiempo, llenos de pesadumbre al pensar que ninguna herencia podían dejar á su hijo, pues no eran ricos; y Manolo, incapaz de servir para nada por sus hábitos de holgazanería y su ignorancia, pidió uno á uno á todos sus amigos el pan de cada día, y lo obtuvo de alguno de ellos por pura limosna; pero nadie quiso ya ir en su compañía y todos le afeaban su inutilidad. Desesperado y no pudiendo aprender á sus años ningún oficio, decidió vivir de la caridad, y con un palo para apoyarse y sus miserables andrajos por todo recurso, se trasladó á la capital, donde por falta de alimentos y de buena cama en que descansar, llegó á caer gravemente enfermo. Lleváronle á un santo y hermoso hospital que costeaba la provincia, y allí le depositaron entre otros infelices, víctimas de la miseria; pero ¡cuál no sería su asombro al día siguiente, al ver entrar en la sala á un respetable caballe-

ro á quien todos saludaban con cariño y en el que reconoció á su antiguo compañero Ramón! Preguntó al enfermo de al lado, y éste le dijo:—Sí, señor; es D. Ramón, el médico-director de este hospital y una de las personas más buenas é influyentes del país.

Cuando tocó el turno de la visita al pobre Manolo, contó su historia, llorando con amargura á su amigo de la niñez, y éste que le reconoció, le consoló y dió orden de que le trasladasen á una sala de distinguidos, procurando atajar la enfermedad de su amigo, que efectivamente mejoró un poco, andando los días, y pudo levantarse y llegar hasta las habitaciones del médico-director para darle las gracias. Una vez allí, se atrevió á preguntar á Ramón:—¿Cómo has hecho para hacerte médico y llegar á ocupar este puesto? ¡Qué buenos amigos habrás tenido! ¡Cómo te habrán ayudado y protegido en tu carrera!

—¡Efectivamente—contestó Ramón,—he tenido amigos tan fieles, que jamás se han cansado de favorecerme. Á ellos les debo yo mi fortuna; por mi afición á tales amistades soy lo que ves, como tú por confiado en las tuyas, estás como yo te veo!

—¡Quién fuera tú!—replicó Manolo.—¡Cuánto diera yo por haber tropezado con tales amigos, por conocerlos siquiera!

—¡Nada más fácil—prosiguió Ramón;—cógete de mi brazo y pasemos á mi despacho. Quiero que los conozcas á todos!

Mucho extrañó á Manolo la respuesta; pero mayor aún fué su asombro cuando, al entrar en el magnífico despacho de Ramón, le dijo éste señalando dos grandes armarios, enteramente llenos de libros:—¡He ahí mis amigos! ¡Ahí tienes mis protectores! Los buenos libros, los libros donde el hombre aprende á servir á Dios y á sus semejantes y á ganar el pan con el sudor de su rostro.

Pocos días después moría Manolo en el hospital con un libro de oraciones entre sus manos, que una santa hermana de la caridad le entregó, y diciendo á Ramón:—Reniego de mi ciega confianza en las amistades; tú, que fuiste el único que no perdió su tiempo conmigo en frívolas diversiones, has sido el único también que me ha favorecido en mi última hora, que bien distinta hubiera sido si, en vez de tanta amistad, hubiera cultivado el *trabajo*.



III

La varita de las siete virtudes.

No sé si sabrás este cuento que yo te voy á referir; pero, aunque lo sepas, léelo de nuevo á ver si lo encuentras igual que el que tú sabías.

Este era un enano. Ya sabes que un enano es un señor con barba y bigote, pero tan pequeñito, que no levanta del suelo mucho más que un niño de seis á siete años. Pues este enano, que se llamaba por más señas Adulfo, iba una vez por un camino, y andando, andando, se cruzó con unos arrieros que iban á la feria con mucho dinero en el bolsillo, mucha merienda en las alforjas y mucho vino en la bota y en los estómagos. Pidióles el enano una limosna por Dios (y no porque la necesitase, como verás,

sino por probar los sentimientos de aquellos hombres), y no sólo no se la dieron, sino que se rieron de su pequeñez, y puestos en broma quisieron llevárselo á la feria para enseñarlo como cosa de mofa; mas resistióse el enano, y enfadado uno de los arrieros, empezó á descargar golpes con su vara sobre el pobre Adolfo y le obligó á gritar y á pedir socorro. Oyóle un pastor que se hallaba en el monte cuidando de sus ovejas, y acudió corriendo con su honda; y al ver que eran tres los arrieros contra un pobre enanito, tuvo caridad de éste y empezó á tirar piedras con tal destreza, que los arrieros tuvieron que montar en sus machos y apretar á correr, cuál con un ojo hinchado, cuál con la nariz como un pimiento morrón.

Agradecido el enano, díjole al pastor cuando llegó á su lado:

—Bueno serás, pastorcito, ya que defiendes al débil contra el fuerte. Por tu acción y tus sentimientos mereces un premio. Toma esta pequeña varita que yo llevaba de bastón. Con ella, todo lo que tú desees se verá cumplido.

Tomó á broma el pastor el dicho del enano, y éste, para demostrar que no mentía, le dijo al incrédulo:

—¿Qué deseas tú más ahora?

—¿Yo?—contestó el pastor,—tener una flauta para tocar en el monte mientras apaciento el ganado.

—Pues toma mi vara y dí:—Varita de las siete virtudes, con la virtud que tú tienes y la virtud que Dios te ha dado, preséntame aquí una flauta de plata.

Hízolo así el pastor para probar la chanza, y se encontró enseguida con una magnífica y primorosa flauta de plata, que al aplicarla á sus labios dejó oír tan deliciosa música, que las ovejas y el ganado todo se acercaron á escucharla.

Crejó entonces verdaderas las palabras del enano y fué á darle las gracias, pero aquél había desaparecido. Sin duda se convirtió en pájaro y huyó volando, ó en hormiga y se fué por la tierra.

El pastor fué rico y poderoso; tuvo palacios, coches y criados; fundó escuelas en su pueblo; hizo lo que quiso, pues en cuanto deseaba algo repetía aquello de «Varita de las siete virtudes, con la virtud que tú tienes y la virtud que Dios te ha dado, preséntame aquí... tal cosa». ¡Y se presentaba!

Bueno; esto pasaba en los años de entonces.

Hoy ya no hay enanos encantados que regalen esas varitas; pero Dios nos pone su vara prodigiosa en el alma para que, cultivando las virtudes que ella tiene, porque Él se las ha dado, consigamos el bien que apetecemos. Así, pues, si tú te propones algo y aplicas esas virtudes á conseguirlo, lo consigues de fijo, siempre que el fin sea bueno y sepas aplicar aquéllas.

¿Quieres ser un rico labrador como los que en el pueblo más poseen? Aplica el trabajo y el ahorro; imita á los que labran sus tierras y huyen del vicio, y, con ayuda de Dios, lo serás.

¿Quieres ser un hombre de ciencia, como el médico, como el señor maestro, como el boticario? Aplícate al estudio y acuérdate del cuento anterior.

¿Quieres ser un sacerdote virtuoso como el señor cura? Estudia y domina tus pasiones. ¡En tí está la varita del enano! Todo está en saber sacar de ella partido, buscando las virtudes que tiene y la virtud que Dios le ha dado.





IV

POBRES Y RICOS

Al final del capítulo anterior te preguntaba yo qué querías tú ser, con la varita de las virtudes, y cuando tú acabaste de leerlo, me quedé yo pensando:—De fijo que quiere ser rico. ¿Verdad que no me engañaba? A cualquiera que le den á elegir, dirá lo mismo; pero ¿sabes tú cuáles son los ricos y cuáles son los pobres?—Los ricos, me dirás, son los que tienen buena y hermosa casa de piedra, vistosos y flamantes vestidos, exquisitos manjares para comer y buenos coches en que pasear...—¡Sí, te diré yo, á *esos* les llamamos los ricos! Pero los que saben más que nosotros, les llaman á esos los pobres, y si pensamos un poco, les daremos la razón, porque como nadie está contento con su suerte, los que poseen muchas riquezas tampoco lo están, y tienen, además, mil cuidados y desazones, de

que los pobres se hallan libres. Así, el que no tiene que cuidar más que de su casa y familia, pronto se acuesta tranquilo, pues en viendo á todos recogidos, echa la llave y duerme; pero los serenos y los guardas del campo tienen que vivir siempre alerta, porque de cualquier novedad que ocurra en el pueblo ó en las tierras les han de pedir cuenta. Así, al rico le piden cuentas de su riqueza sus semejantes en esta vida y Dios en la otra.

Yo, que como te dije cuando me conociste, sé mucho, porque he leído mucho, hablé una vez con un niño rico que estaba en el jardín de una ciudad, muy aburrido y triste, con un criado siempre detrás, viendo cómo unos chicos pobres hacían sus juegos en la arena, y al preguntarle por qué no se acercaba á jugar con ellos, me contestó:—¡No me dejan, señor! Llevo conmigo este criado para que no me arrastre por el suelo, estropeando este traje que vale muchos duros; para que no juegue con cosas que me manchen ó arañen la piel de las manos que luego avergonzarían á mis papás, y para que no aprenda los modales y palabras del pueblo; y así... ¡me aburro!

Le dije entonces por qué no alternaba con ni-

ños de su clase, y me contestó:—Porque son muy pocos. ¡No vé usted que los ricos somos los menos!

Se cuenta también de un señorón que, desgano y sin apetito, se sentaba á la rica mesa de su casa, dispuesto á no probar bocado de los muy suculentos manjares que le presentaran y de los que ya estaba harto, cuando vió desde un balcón á un pobre albañil que en la calle se disponía á comer, con su mujer y sus hijitos, el frugal cocido. Sintió el señorón tal ansia de probar aquella sencilla comida que el trabajador devoraba con señales de un buen apetito, que mandó á pedir por favor un plato de aquel cocido, que el mismo albañil le subió gustoso; pero no pudo tampoco comerlo, y al extrañarse de ello, le dijo el pobre peón:—Señor, para comer con gana no hay mejor guiso que estar, como yo he estado, cinco ó seis horas trabajando. Dios, que es justo, nos da á los pobres lo que no da á los ricos.

Así, pues, la verdadera riqueza está en saberse contentar con lo que se posee, y como á ésto se llama virtud y conformidad, hay que buscar esos tesoros. El que más tiene de ellos, es el más rico; el que menos los alcanza, es el más pobre.



V

EL BRILLANTE Y LA PERLA

En una cajita donde guardaba cierto joyero las piedras preciosas con que confeccionaba en su taller las ricas sortijas, los hermosos dijes y las maravillosas botonaduras que vendía, se encontraron en una ocasión un brillante de cien facetas y una perla nacarada como el cielo en un amanecer de primavera. Hermosas eran las dos piedras, y si la una arrojaba los rayos del iris al chocar en sus planos la luz, como ocurría con el brillante, la otra también reflejaba en sus opacas y redondas superficies mil cambiantes de vivos colores.

Pusiéronse á charlar una con otra y, orgulloso el brillante, quiso hacer de menos á la perla, y habló de esta manera:

—Muy ufana te muestras de tu hermosura, y me obligas á decirte que no puedes compararte conmigo. El joyero saca más producto de mi venta; el hombre me considera como el rey de las piedras; los monarcas me lucen en sus coronas, y hasta soy útil al hombre rayando y cortando el cristal con mis durísimas aristas. ¿Cuándo, tú, pobre perla, podrás llegar á mis alturas?

Calló al punto la prudente perlita algo humillada con las palabras del brillante; pero reponiéndose al punto, replicó:—Dime, compañero, cuando tú saliste de las entrañas de la tierra ¿cuál era tu figura? ¿Para qué servías? ¿Qué tenías de tus luces y de tu hermosura actual?

—¡No me acuerdo!--replicó el brillante amostazado.

—Yo te lo recordaré—prosiguió la perlita.—Cuando las manos de los inteligentes mineros te arrancaron del seno de la tierra, un negro carbón era tu ropaje y la más tosca figura presentabas. ¿Te hubieran llevado así los reyes en su corona? Mezclado con extrañas materias, no hubieras servido, de fijo, para que la humana industria te empleara en cortar los cristales. Yo, por el contrario, al ser extraída del fondo del mar, encerrada en conchas de preciosos cam-

biantes, me ofrecí al hombre tal cual soy, tal como Dios me hizo; apenas si tuvieron que hacer más que arrancarme de mi hermosa prisión para llevarme en su pecho ó en su cabeza los reyes y las más ricas y soberbias damas. ¡Ceda tu orgullo, brillante, que sin el pulimento mancharías mi blancura!

—¡Alto allá!—gritó el aludido con arrogancia.—¡Alto allá, deslenguada! ¿Es acaso alguna deshonra haber nacido humilde? Yo, sí, es cierto, necesité que una inteligente mano, la del obrero lapidario, puliese mis facetas y aguzase mis aristas echando de mí las impurezas que me afeaban; pero ¿puso el hombre algo en mí que yo no tuviera? ¿Pudo jamás mejorar mi naturaleza, aumentar la dureza de mi cuerpo ni mi tamaño? Sepa la bachillera que por mí viven numerosos obreros, y que, una vez labrado, se desprecia la perla por mi persona. ¡Hasta el polvillo que roen á mi cuerpo las máquinas con que me trabajan, tiene un subido valor para el hombre!

De esta manera disputaban las dos piedras preciosas, cuando entró el joyero, se enteró de lo que discutían, y habló de este modo:—Los dos tenéis razón, y yo, que soy hombre, objeto

el más precioso que salió de las manos del Criador, conozco en la humanidad perlas y brillantes que se hallan en vuestro mismo caso. El hombre que es obediente á sus padres, á sus maestros, á sus superiores; el hombre que se deja limar las asperezas del vicio y que se entrega á las sabias manos que le dirigen, es el brillante pulimentado, bello adorno de la sociedad y poderoso auxiliar de la industria; pero no por eso ha de despreciar al tosco brillante que no alcanzó ser labrado y que envuelve sus luces bajo la capa de su ignorancia ó la cadena de sus maldades. No debe despreciarle, sino tenerle una profunda compasión.

También hay perlas entre los hombres y son muy apreciadas, aunque desde otro punto de vista. Las madres que nos enseñan á bendecir á Dios, las santas mujeres que cuidan en los hospitales y en los hospicios de niños y enfermos, los hombres que arriesgan su vida por salvar las de sus semejantes, esas son perlas, á veces sin más que las bellezas de que Dios las dotó. ¡Cese, pues, la porfía y contentaos cada uno con vuestra suerte!

Ahora bien, amiguito mío, ¿quieres ser tú el hermoso brillante labrado? Pues sábetelo que to-

dos nacemos en bruto, y que la educación es la máquina por la cual tanto lucen los sabios y los buenos. Los obreros que te trabajen han de ser tus padres y tus maestros; pero ¡de nada servirán sus esfuerzos, si no eres tú obediente y aplicado! Aplica el cuento y no te importe el que hoy no brillen tus luces. ¡Es cuestión de tiempo y de trabajo!





VI

UN DERROCHE

Mucho se rieron los chicos aquella tarde en la escuela, creyendo que era broma la reprimenda que le echó á Blasico (un muchacho de ocho años muy enredador) el señor maestro. Le encontró en la escalera encendiendo un fósforo nada más que por el gustazo de verlo arder, y después de afearle el capricho por la exposición á quemarse ó á producir un incendio, le dijo que era *un derroche, ¡un derroche!* Lo que decía Periquín, que era el más hablador de la escuela, al salir de la clase:—¡Bueno es que diga el señor maestro que es peligroso el fuego, pero llamar derroche al gasto de un par de fósforos que no valen ni un medio céntimo siquiera...!

Fuéronse á sus casas los chicos, y Blas, al en-

trar en la suya, se encontró con su madre muy afanada buscando algo por los vasares de la cocina, y que en cuanto le vió llegar, le dijo:— ¿Has cogido tú una caja de cerrillas con tres fósforos, que yo dejé anoche en la chimenea?

Blasico, que como no era del todo malo, no mentía nunca, confesó su pecado, y su madre, más apurada que antes, le dijo:— ¡No harás cosa buena! Anda, dí á la vecina que nos preste para encender el candil, pues no tengo ni una perra hasta que venga tu padre con su jornal.

Corrió el chico á casa de la vecina, y ésta le dió dos fosforitos, con uno de los cuales se encendió la luz para preparar el fuego y hacer la cena, guardando el otro su madre en sitio seguro.

Llegó el padre del campo, pero sin el jornal. Hasta el día siguiente había dicho el capataz que no se cobraba, y hablando de ésto y de otras mil cosas, cenaron los tres y acostóse Blasico, como siempre, cerca de sus padres.

Mucho rato llevaba durmiendo, cuando le despertó un gran ruido en el desván que había encima de su cuarto; llamó asustado á su padre, y éste se despertó, diciéndole:— ¡Calla, bobo, será el gato que corre á las ratas!

Efectivamente, el gato maullaba con todas sus fuerzas; pero Blas, que sabía que los gatos cazan en silencio, no las tenía todas consigo. Á poco aquel gran ruido sonó en la escalera; parecía que rodaba por ella un cántaro, y ya Blas no pudo aguantar el miedo y rompió á llorar, mientras su padre, también alarmado, se levantaba á obscuras, preguntando á su mujer:

—¿Dónde están las cerillas?—Aquélla le replicó temblando:

—¡No hay más que una suelta en el vasar de la cocinal

—¿Pues, y la caja que había esta mañana?— siguió diciendo el padre mientras se dirigía á la cocina.

—¡Ese arrastrado de Blas la perdió!—contestó su mujer, mientras el pobre chico temblaba de miedo y de remórdimientos.

—¡Como le coja, le voy á sentar las costuras!

El ruido mientras tanto continuaba; de la escalera salió al corral, siempre seguido de los gritos del gato, á los cuales y á los porrazos que los acompañaban se despertaron tres gallinas y un gallo que en él estaban, y tal barullo metieron con sus ¡quiquiriquí! y su ¡clo, cló, cára, cára, cára!, que el perro de la vecina que pasa-

ba la noche en la calleja empezó á ladrar como una fiera. Á todo ésto, el padre de Blas, á tientas y con un palo que cogió en la cocina, salió al corral creyendo que serían ladrones, á la vez que decía á su mujer:

—¡Levántate á buscar la cerrilla, que yo no la encuentro!—Y mientras, pegaba á ciegas con el palo, y en uno de los golpes mató una gallina. El perro seguía ladrando á la puerta, y á sus ladridos vinieron todos los del barrio; y el pobre Blas, aturdido con aquel alboroto y oyendo á su madre levantarse de la cama, se tiró de la suya y se agarró á sus faldas, mientras aquélla le decía:

—¿Ves, demonio? Si no hubieras cogido la caja de fósforos, hubiera estado como todas las noches cerca de la cama y sabríamos á estas fechas qué ruido era ese.

¡Demasiado pesaroso estaba el chico de su mala acción.

Quiso Dios que la buena mujer tropezase al fin con aquel fosforito que ella guardó al anochecer como oro en paño. Encendiólo con mil precauciones, mientras el pequeño pedía á Dios que no se apagara aquella débil lucecita, y saliendo al corral con el candil vieron... ¿Qué di-

réis que vieron? ¡Al gato con un puchero muy recio por cabeza! En una fuerte olla guardaba la madre de Blasico un poco de manteca; el gato goloso metió el hocico para comérsela; no alcanzando metió la cabeza, y cuando quiso sacarla no pudo. Furioso entonces corrió por el desván y por toda la casa con el puchero á rastro, bajó al corral, espantó el gallinero, puso en alarma los perros y fué causa de que el padre del chico matase de un palo la mejor gallina. Cuando se vió aquello, hubo que romper la olla para que el gato no se muriese también; y cuando ya todo tranquilo se volvieron á la cama, no sin que á Blas le quitasen el frío, de haber andado en camisa á tales horas, con un buen par de azotes, pensaba el chico:

—¡Bien decía el señor maestro! Un derroche es gastar sin objeto lo que puede sernos tan útil. ¡Un derroche trae otro, y el de las tres cerillas que yo he malgastado nos cuesta: un susto mayúsculo, una gallina hermosa, un puchero fuerte y nuevo, y á mí, en particular, una azotina de primera!



VII

EL ÁRBOL Y EL NIÑO

Un arbolito joven
Que en la plaza del pueblo,
Por orden del alcalde,
En círculo pusieron
Con otros siete ú ocho
Para que andando el tiempo
Dieran su fresca sombra
A la puerta del templo,
Así decía á un niño
De malos sentimientos
Que le tronchaba ramas
Por puro pasatiempo:
—Estáte quieto, niño,
¿No ves que rompes ciego,
No ya la leña muerta,

Sino mis vivos miembros?
¿No ves que va la savia
Circulando por ellos,
Y que si así los tronchas
De fijo que me muero?
¿Por qué odias esta planta?
Tú no reparas, necio,
Que yo doy la madera
Para labrar tu lecho;
Para que en tu trabajo
Tengas dignos aperos
Y para que en tu casa
Tengas refugio y techo.
¿No ves que con mis hojas,
Cuando te abraze Febo,
Te daré fresca sombra
Cuando aguardes inquieto
Que la augusta campana
Te invite á entrar al templo?
Si porque eres más fuerte
Abusas del pequeño,
Yo diré á mis hermanos,
Los árboles más recios,
Que caigan á tu paso
Sobre tu débil cuerpo
Y deshagan tus carnes

Y quebranten tus huesos,
Como tú ahora destrozas
Mis brotecillos tiernos.—
Callóse el arbolito,
Y el niño de mi cuento
No volvió á tronchar ramas
En árboles pequeños,
Temiendo que los grandes,
Que lo ven desde lejos,
Al pasar se desplomen
Y allí le dejan muerto.





VIII

EL INFINITO

Habrás oído hablar alguna vez del infinito. ¡De seguro! En la escuela, en tu casa, en la iglesia, en alguna parte has oído y en algunas has leído que Dios es *infinitamente* bueno. Efectivamente: la bondad y el poder de Dios son *infinitos*. ¿Sabes lo que es *infinito*? ¡Cuántos hombres hay que no lo saben! Te contaré un sucedido para que sepas tú lo que es infinito, empezando por decir que se llama así á lo que no tiene principio ni fin; á lo que es tan grande que no se puede ni contar, ni medir.

Había en un pueblo un mal hombre, borracho y de malas costumbres que, careciendo de amigos y parientes, vivía solo, no trataba con nadie y sólo hablaba con la gente cuando iba por las

casas á vender las truchas ó los pececillos que pescaba con sus redes ó con su caña, pues era pescador.

Tenía el tal hombre entre sus malas pasiones y vicios feísimos el de jurar y blasfemar, aunque esto último lo hacía pocas veces, porque ya en dos ó tres ocasiones había purgado en la cárcel del pueblo sus irreverencias de palabra; y aunque nunca iba á misa, ni para nada pisaba la iglesia, el señor cura fué varias veces á buscarle á su casa y le amonestó para que abandonase sus pecados. ¡Todo era inútil! El mal pecador seguía en sus trece.

Una noche, en que por estar demasiado torracho quiso pegarle un palo á un pobre viejo, su vecino, lo metieron otra vez en la cárcel, y en ella, cuando se le pasó la embriaguez, recibió la visita del señor cura. Hablóle éste de su mala vida, de lo mal querido que era en el pueblo por sus escándalos, y llegó á decirle:

—Mira, Martín (que así se llamaba el pecador), que aunque la bondad de Dios es infinita, también es infinita su justicia, y el día menos pensado vas á purgar tus vicios en otra vida por toda una eternidad.

—¡Bah!—contestó el desdichado Martín.—

¡Si para tan largo me la fía! Cuando uno se muere, lo entierran ¡y se acabó la eternidad!

—¿Tendrás tú seguridad de lo que afirmas como yo la tengo de lo contrario?

—¡Pruébeme usted que hay algo infinito y eterno, algo que esté á mi vista, que yo lo comprenda, que no tenga fin ni principio, y le creeré!—replicó el hereje creyendo poner al señor cura en un aprieto.

—¿Me das tú palabra de enmendarte si te demuestro que existe á tu vista algo eterno é infinito?

—¡Sí, señor!—contestó Martín creyendo estar seguro de que aquello no se podía demostrar.

—¡Pues acuérdate de lo que hoy hemos hablado!

Salió el señor cura de la cárcel, y por su ruego dejaron en libertad á Martín, quien al verse en la calle, se fué á casa, cogió su caña y sus anzuelos y se dirigió al río con ánimo de pescar alguna trucha que por la noche pudiera convertirse en aguardiente.

Buen rato llevaba pescando, y la tarde empezaba á declinar cuando vió venir por la orilla del río al señor cura con su bastón en una

mano y su libro en la otra; pero como Martín ya no se acordaba de su conversación de la mañana, no le importó el encuentro.

—¡Buenas tardes, Martín!—saludó el sacerdote acercándose.—¿Se pesca?

—¡Aun no picó uno! ¡El demonio parece que lo hace!

—¡Vaya, hombre, paciencia—siguió el señor cura.—Voy á sentarme un rato contigo á ver si eres más afortunado.

—¡Mucho lo dudo!—contestó con rabia el pescador, mientras cebaba de nuevo sus anzuelos y los arrojaba con ira á las ondas del río.

Era éste caudaloso y de gran corriente y anchura, por lo cual muy grande fué el asombro del pescador al oír al señor cura que le preguntaba:

—Dí, Martín, ¿cuánta agua pasará por delante de nosotros en una hora que estemos aquí?

—¡Vaya una pregunta! ¿Yo qué se?

—Yo te lo pregunto para ir aprendiendo. Como tú has nacido en este pueblo y eres ya más viejo que joven, sabrás mucho de este río...

—En él he pasado mi vida, menos los años que estuve soldado.

—¡Claro! Pues por eso. Y dime, ¿hace muchos que corre el agua por este río?

—¡Otra te pego! ¡Desde que el mundo es mundo! ¿Se burla usted de mí, padre cura?

—¡Nada más impropio de mí que las burlas! Te pregunto para que tengas la bondad de contestarme. Dices que corre por aquí el agua desde que el mundo es mundo... ¿Y cuándo parará de correr?

—¡Señor cura! ¡Usted me hace esas preguntas con su malicia! Pero sean lo que sean, me pilla usted de buenas, y le diré que pararán de correr... cuando... cuando se sequen las fuentes de allá arriba, de las montañas donde nace este río.

—¡Si desde que el mundo es mundo no se han secado! ¿Será muy raro que se sequen, verdad?

—¡Raro..., como raro..., sí, señor; pero se pueden secar!

—¡Bien, hombre, paso por ello! Pero quedamos en que no me puedes decir ni qué día empezó á correr el río ni qué día se secará. Es decir, que ignoras el principio y el fin de esta corriente de agua.

—¡Claro!--dijo Martín algo preocupado, vien-

do ya el enlace de la conversación con la de la cárcel en aquella mañana.

—¡Pues así es la bondad de Dios!—afirmó el señor cura, es infinita, no tiene principio ni fin. ¿Por qué, pues, no amas á un Dios tan bueno? ¿Por qué no le temes?

—¡Temerle, no!—afirmó Martín creyendo coger al sacerdote en un lazo.—¡Si es tan bueno, tan infinitamente bueno que su bondad corre, corre siempre como las aguas del río, siempre nos perdonará por malos que seamos!

—¡Siempre no! Tú mismo me has dicho que las fuentes de este río *se pueden secar*; no sabes si este año, no sabes si este siglo... ¡Pues la bondad de Dios se puede agotar por nuestras maldades! Y si el río de su bondad se agota... ¡Ay del malo!

Picó en esto el anzuelo un hermoso barbo, y Martín, muy regocijado de su pesca, se empeñó en que se lo llevara á casa el señor cura; y como la noche se acercaba, juntos volvieron al pueblo, rezando sus oraciones el sacerdote y meditando en la conversación el pescador, que al separarse, dijo al señor cura:

—¿Sabe usted que hay mucho que pensar viendo el agua que corre?

—¡Pues piensa y medita!

Pocos meses después recogía el señor cura el premio de sus consejos repetidos, oyendo en confesión á Martín el pescador, que arrepentido de sus pecados fué un buen hombre hasta el fin de sus días y creyó en el mayor de los *infinitos*: en Dios.





IX

LO CIERTO Y LO DUDOSO

Llegaron juntos á establecerse en una ciudad dos jóvenes licenciados del ejército que habían sido compañeros de armas y que, careciendo de familia, decidieron buscarse la vida como mejor pudieran, para lo que contaban con sus pocos años, su amor al trabajo, su honradez y algunos escasos duros ahorrados en el servicio. ¡De verdad te digo, amiguito, que ya era bastante capital en éstos tiempos!

A poco de llegar á la ciudad tuvieron que separarse y vivir cada cual por su lado, aunque siguieron viéndose casi todos los días. El uno de ellos, que se llamaba Roque, entró á servir en una barbería, pues entendía algo del oficio; además escribía cartas por una perrilla á las

pobres gentes que no sabían hacerlo, daba lecciones de guitarra, que tocaba muy bien, limpiaba las botas á los viajeros de una fonda próxima, y se puede decir que no perdía ni un momento en todo el día; su actividad era tan grande, que cuando el próximo domingo se vió con su amigo Lucas (que así se llamaba el compañero), pudo decirle con orgullo:

—Mira, chico, en esta semana, no sólo no he gastado ni un real de mis ahorros, sino que me han quedado, después de comer bastante bien, seis pesetas de sobra.

—¿Tanto ganas?—le contestó Lucas.

—¡Tanto, chico!

—Entonces, ¿cuánto ganarás al cabo del año?

—¡Hombre, eso no te lo puedo decir, porque no sé las propinas que me darán; pero de seguro que gano más que tú, que te has empeñado en entrar de criado en esa botica, donde apenas si te dan un real diario!

—Pero repara, Roque, que, si bien no gano más que siete pesetas mensuales, tengo asegurada la comida y la ropa limpia, duermo en buena cama, y el amo me ha regalado ya una blusa para el trabajo y unos pantalones para los días de fiesta.

—¡Vaya, vaya una cosa! ¡Y no tienes libertad ni un momento entre semana!

Pasaron así algunos meses, al cabo de los cuales Lucas dijo á Roque cuando se encontraron como todos los domingos:

—¡Ya me han subido el jornal á dos reales! ¡Ya he entrado á servir en el interior de la farmacia, y ya no soy un mozo del almacén, sino un machacante del laboratorio!

—¡Date tono,—le contestó en chanzas su compañero;—á ese paso aún vas tú á ser boticario! Pues yo, chico, no encuentro ahora ninguna barbería en que servir; pero como el trabajo no me importa, he decidido comprar un burro y cuatro cubas, y vender agua por las calles. ¡Ya ves, á mí no me cuesta nada, y por cada carga me darán tres ó cuatro perras!

—¿Y el día que no vendas agua? ¡Tendrás que mantener el burro y te costará el dinero el oficio!

—¡El que no se arriesga no pasa la mar! Además, sigo escribiendo cartas y enseñando la guitarra.

—¡Sin embargo, Roque, más vale pájaro en mano que ciento volando!

Así siguieron pasando los años. Lucas con-

tinuó sirviendo al farmacéutico, y cuando alguna vez se quejaba á su amigo de alguna rareza de aquel señor (¡quién no las tiene en el mundo!), solía decirle Roque:

—¡Por eso no paro yo en ninguna parte! Yo quiero trabajar, pero no aguantar impertinencias.

—Sí, Roque; pero tú vas viviendo á la ventura, no tienes nada seguro. Ya tuviste que vender el burro y ahora tú mismo te cargas como una bestia llevando baúles á la estación del ferrocarril. ¡Si al menos hubieras seguido en tu oficio de barbero...!

—¡No es para mi genio!

En esto llamó un día á Lucas su amo y le dijo: —En los cinco años que llevas en mi casa he probado tu honradez y laboriosidad. Como mis negocios van bien, he decidido abrir una nueva droguería en un barrio lejano, y te voy á poner al frente con otro muchacho que vendrá del pueblo. Te daré casa y medio duro diario. Dime si te conviene y si crees que podrás salir airoso de tu compromiso.

Aceptó Lucas todo regocijado, y buen amigo del pobre Roque, pensó en seguida en él para que le reemplazara en el puesto que dejaba va-

cante, y hasta se atrevió á proponérselo al farmacéutico; pero éste, que conocía al amigo de Lucas, le dijo:

—No, á ese no le quiero en mi casa. Sé que es honrado y trabajador como tú, pero es muy veleta, muy inconstante, y sé que en cuanto empezase á enterarse de su obligación se iría con la música á otra parte.

Así era, en efecto. Roque, cansado de su nuevo oficio de cargador, se metió á vendedor ambulante de periódicos y cerillas, con lo que se pasaba el día andando por las calles y pregando su mercancía para sacar lo justo para mantenerse; mientras Lucas, al frente del nuevo establecimiento y casado con una inteligente modista que abrió un hermoso taller, hacía en pocos años tales ahorros, que su principal, ya viejo y achacoso, le cedió la droguería á cambio de todos ellos, y se vió en la vejez hecho un comerciante con capital propio y dando buena educación á los hijos que el Señor le envió.

¿Y el pobre Roque? También se casó con una infeliz lavandera, y trabajando los dos incesantemente, ella en su duro oficio y él en subir del río las ropas que su mujer y otras desgraciadas

lavaban, pudo morir en lecho propio, gracias á que no tuvo más familia y á las generosidades de su antiguo compañero de milicia.

¿Ves, amiguito mío? No basta la honradez, no basta el trabajo. Las inteligentes abejas no labrarían sus ricos panales si cada vez depositasen su dulce cera en un sitio distinto y de un modo diferente, pues así se perderían tan apetecidos frutos. Es necesario que el esfuerzo sea constante y que la labor se sujete á un plan. De lo contrario, se podrá no ser malo, pues Roque no lo fué nunca por su fortuna, pero no se es bastante bueno. ¡Cuántos ejemplos de estos verás cuando seas hombre!





X

LA TORMENTA

Había en un pueblecito de Andalucía un joven ricachón que hacía tan poco caso de los deberes religiosos, que en más de una ocasión había sido amonestado por el señor cura del lugar, amigo suyo, á pesar de esto, pues el tal ricacho no era malo del todo, sino poco preocupado de la otra vida.

Al verse joven, creía tan lejana la muerte, que no merecía la pena de que se hablara de ella. Siempre decía:

—¡Cuando vaya llegando á viejo, ya me enmendaré y cumpliré mejor con la iglesia!

Malas cuentas eran las que se echaba, como verás más adelante, hijo mío.

Una mañana del florido Mayo, en que se cele-

braba una famosa feria en la ciudad, distante del pueblo cinco ó seis leguas, madrugó el joven de mi cuen'ó, enjaezó muy lujosamente su hermoso caballo, púsose su mejor ropa, y salió á la calle dispuesto á trasladarse á la feria, á la que pensaba llegar antes de que el calor, en aquel país tan ardoroso, le molestara mucho.

Como era tan temprano, que sólo una débil claridad iluminaba el pueblo, sólo halló dos personas en todo lo que de él anduvo montado ya en su potro. Fué la primera el señor cura, con quien se cruzó al volver una esquina, y que, al verle de aquel modo, le dijo:

—¿Dónde va D. Curro tan de mañana y tan majo?

—¡A la feria, amigo!

—¿Y tanta es la urgencia que, á pesar de que estamos en domingo, no se espera usted á oír la misa que ahora mismo voy yo á decir?

—Tengo miedo al calor, y si me detengo me abrasará el sol por el camino.

—¡Mire que estas son cuentas que le han de ajustar allá arriba!—dijo el buen cura solemnemente.

—¡Ya confesaré el pecado! Por ahora no me siento en peligro de muerte, señor cura.

—¡Tampoco hoy sabemos qué tiempo hará!— replicó el sacerdote.—Creemos tener mucha vida y nos sorprende la muerte; creemos que vamos á pasar calor y puede refrescar. Quédese y oiga misa, que yo creo que no viene un día de mucho bochorno... ¡y por media hora más...!

—¡No me detengo! Mire, ya despunta el sol y no hay una nube en el cielo! ¡Hasta la vuelta!

—¡Dios le traiga con bien!—contestó el cura resignado, dirigiéndose hacia la iglesia.

Anduvo Curro unos pasos más y vió á una vieja en su ventana acabándose de peinar á la débil luz de la aurora.

—¡Buenos días!—dijo el jinete.

—¡Buenos días, y mire no se moje por el camino, que lleva la ropa buena!—le replicó la vieja.

Echóse á reir el mozo de la ocurrencia de la vieja, mientras miraba de nuevo al cielo de un azul intenso, que empezaba á destacar más y más al avanzar el día, y cuando salió al campo oyó las campanas que llamaban á los fieles á la misa del alba. Sin saber por qué sintió deseos de volverse al pueblo. Las palabras del cura, la broma de la vieja y su conciencia, que le acusaba de negligente en cumplir los deberes del cris-

tiano, le quitaron el buen humor con que emprendiera el viaje; pero un fresco vientecillo del Sur que se levantó á la salida del sol, lo bello del paisaje y su poca reflexión, le hicieron olvidar pronto su preocupación.

Poco más de dos leguas llevaría andadas cuando empezó á notar que el sol se nublaba y volvía á aparecer picando con exceso. Algunas nubecillas avanzaban de prisa del Sur al Norte, y el viento había aumentado de modo tal, que el polvo del camino le cegaba. Se fijó en el cielo, pero no halló nada alarmante y siguió caminando, mientras pensaba en la feria, en sus amigos, en las muchas bellezas y primores de la ciudad y en otras fruslerías. Al poco rato las nubecillas que velaban el sol á intervalos se fundieron en una sola, obscura y densa; paró el aire, y el calor aumentó de tal modo, que Curro se acordó de su conversación con el cura, y pensó:

—¡Bien se conoce que aquél no sabe de las cosas del campo! ¡Pues no decía que hoy haría fresco! En cambio la vieja puede que acierte, aunque por casualidad, y que me moje. Apretemos el paso.

Fustigó á su potro, que salió al galope. El viento volvió de nuevo, pero tan furioso y tan

lleno de ruidos y de misterios, que ya el joven no se sintió tranquilo. Creía oír en el concierto de aquellas ondas aéreas las campanas de la iglesia, los ruidos de la feria; unas veces la reprensión de su ligereza, otras el incentivo de su viaje. El caballo corría, corría presuroso, aunque no le hostigara, y empezaron á caer gruesas gotas de agua. Aquello se formalizaba, y era una tormenta, y de las grandes.

—¡Si al menos pudiera llegar al barranco del árbol seco! Allí me pondría al abrigo de la lluvia en una cueva que conozco—pensaba Curro seriamente alarmado.

En esto los truenos, antes lejanos, se dejaron oír encima mismo de su cabeza; el caballo, espantado, aligeró más y más su marcha, y una cortina inmensa de granizo pareció querer unir el cielo con la tierra.

Llegó el joven, por fin, al apetecido barranco. El potro, rendido, cayó medio muerto en uno de sus lados, y Curro, chorreando agua, lleno de angustia viendo perdida su esperanza de refugio, pues las cuevas en que confiaba estaban sumergidas en un mar de agua y cegadas por el granizo, perdió el conocimiento y quedó como muerto. Su última idea fueron las palabras del cura.

—¡No sabemos qué día hará hoy! ¡No sabemos cuándo moriremos!

Y sus últimas palabras al perder el sentido, las de ¡Perdón, Dios mío!

.....

.....

Algunas horas más tarde, unos pastores que desde el alto del barranco donde quedó Carro sin conocimiento bajaron en su auxilio, y uno de los cuales le conocía, lo llevaron á su casa, y en ella, después de muchos cuidados y desvelos de sus parientes y amigos, recobró el sentido y dijo al sacerdote que estaba á su lado:

—¡La otra vida, señor cura! Tenía usted razón. Sale uno para la feria y va á la otra vida. Amanece un día espléndido y hay que esperar la tormenta... ¡Viviré prevenido!

Así lo hizo el joven ricacho de mi cuento y así debemos hacerlo todos. ¡Cuántas veces Dios nos avisa hasta con las bromas de una pobre vieja!





XI

EL TONTO DE MI LUGAR

Había en mi pueblo un pobre, muchacho á quien Dios privó del completo goce de sus facultades intelectuales y al que sus convecinos, y yo entre todos, llamábamos «el tonto». Los malos corazones y los niños mal educados le solían hacer gran burla y hasta le jugaban á veces muy malas partidas, como la que te voy á contar; pero las personas piadosas y los niños que habían sabido aprovechar las lecciones de sus maestros y superiores le tenían lástima, y, en vez de hacerle rabiarse, le compadecían y le daban limosna.

Tan tonto era el pobre Simplicio (que así se llamaba el muchacho), que, entre otras majaderías suyas, se contaba que, siendo chico, salió

un día su pobre madre de casa y le encomendó que tuviese cuidado no se escapasen las gallinas que había en el corral; y tan diligente quiso ser para el encargo, que las ató unas á otras con una cuerda por el cuello, y cuando regresó su madre se habían ahorcado los animales de tanto tirar para librarse del dogal. Otra vez le mandaron subir agua del río con un burro que tenía en casa, y le dijeron:—Ponle al pollino las aguaderas y baja por agua.—Pues bien: así lo hizo; pero sin poner los cántaros, sino echando el agua del río en las aguaderas de esparto, y excuso deciros que al llegar á casa no tenían ni gota.

Estando una tarde mi pobre Simplicio comiéndose un mendrugo de pan al sol, pasaron por allí unos mocicos que eran lo peor de cada casa, y al verle, dijo uno de ellos:

—¿Queréis que le hagamos una mala partida al tonto?

—¡Vamos á hacérsela!

Como todos sabían que el pobre Simplicio era muy inocentón y muy obediente, se acercaron á él y le dijeron:

—Oye tonto, ¿quieres ganarte un pan de dos libras para mañana?

—¡Bueno, bueno!—contestó Simplicio, como contestaba á casi todo lo que se le decía.

—Pues mira, te sientas en esas piedras que hay en este camino, con la vista fija, fija en la casona del campo, ¿sabes?, en el palacio, y cuando llegue la noche, quieto ahí; no te has de mover hasta que veas en el palacio cómo sale el sol, que será á media noche en punto. Entonces vas á casa del señor alcalde y le dices: «Señor alcalde, ahora ha salido el sol en el palacio del campo, y te acuestas. Si haces todo esto, mañana te daremos un pan de dos libras, si no, te daremos dos palos.»

—¡Bueno, bueno!—contestó el pobre Simplicio sentándose en las piedras frente al sitio donde se hallaba, aunque á gran distancia, el titulado *palacio*, que era una quinta de recreo que un poderoso marqués tiene en mi pueblo para cuando pasa los veranos en ella y que entonces estaba deshabitada.

Los mozos se volvieron al lugar riéndose de su gracia y calculando la noche que le esperaba al pobre tonto sentado en el campo esperando la salida del sol. Lo contaron á algunos amigos suyos y, aunque alguno, como el hijo del alcalde, tuvo lástima del pobre Simplicio, nadie fué

bastante caritativo para ir á buscarle, tanto más, cuanto que la noche había cerrado y andaba un viento bastante fresquito.

Ya hacía rato que todos dormían en el pueblo, cuando sonaron recios golpes en casa del señor alcalde.

Despertóse éste, despertóse su hijo, mozo de pocos años, y ambos se asomaron á la ventana temiendo que algo grave ocurriera en el pueblo, cuando al preguntar desde la ventana, oyeron al pobre Simplicio decir desde la calle:

—Señor alcalde, bueno..., bueno... Ha salido el sol en el palacio. ¡Bueno..., bueno!...

--¿El sol á estas horas?--preguntó el alcalde sin conocer al que hablaba.--¿Se burla el que llama?

—¡No, padre!—replicó su hijo, que conocía la historia de aquella tarde.—El que habla es el tonto, y ya sabe usted que el pobre no miente nunca. Dice lo que le enseñaron, y algo grave ocurre en el campo.

Bajó en tres saltos la escalera el mozo, y sólo pudo arrancar á Simplicio estas palabras, que dijo muy contento:

—¡Sí, sí, bueno, bueno; ha salido el sol, y con humo, y yo me he ganado el pan... bueno, bueno!... ¡Ahora me acuesto, bueno, bueno!...

Escapóse el tonto, y el alcalde, después de oír de labios de su hijo la explicación de lo ocurrido, salió en una corrida á la iglesia, y desde la torre observó alguna claridad como de incendio hacia el sitio que ocupaba el palacio. Tocó las campanas; se alborotó el pueblo, acudieron todos á la quinta, y como el fuego era en una leñera aislada y el río estaba cerca, pudo apagarse.

Cuando todo se tranquilizó, ya de día, el alcalde metió en la cárcel á los tres mozos que habían dado la burla á Simplicio, y éstos le decían:

—¡Pues gracias á nosotros no se ha quemado el palacio!

Pero el alcalde les contestó:

—Dios ha convertido vuestro deseo de hacer mal á un desgraciado en una buena obra que éste y no vosotros ha realizado. Vosotros debeis sufrir el castigo, y él recibirá algún día el premio.

Efectivamente. El administrador del marqués escribió á su señor lo ocurrido. Le decía que sin duda los peones que habían estado entrando leña la víspera se dejaron el fuego encendido; le explicaba la broma dada al tonto y cómo éste, al

ver un reflejo de luz en mitad de la noche, creyó cumplida la profecía de los burladores y avisó, evitando así, con el auxilio inmediato, que el fuego se propagase á la quinta y que en vez de devorar aquél la leñera, que tenía poco valor, hubiera destruído el hermoso edificio entero y los ricos muebles y ropas magníficas que allí se guardaban, y el marqués mandó pagar una pensión al pobre tonto, que hoy vive muy bien, gracias á esto, y anda siempre diciendo:

—Engañan al tonto con el sol; bueno..., bueno... Pero no le engañan con la pensión...; bueno..., bueno.





XII

LOS DOS CULTIVOS

Había en un pueblo de Aragón un rico término regado por tranquila y siempre abundante acequia, en el que lo muy superior de la tierra hacía que se criasen las más sabrosas y exquisitas hortalizas. El poseer un pequeño trozo de aquel suelo se tenía en el pueblo por una verdadera riqueza, y daba la casualidad de que todas las fincas eran iguales por haberse repartido poco tiempo hacía entre los vecinos. Pues bien; una vez, fué á visitar aquel pueblo el señor ingeniero agrónomo de la provincia, y en cuanto llegó al término de que te hablo, se hizo lenguas de la bondad del terreno y de lo muy aprovechado que estaba por aquellos honrados labradores; pero su entusiasmo fué mayor al de-

tenerse delante de una de las piezas ó suertes que se destacaban entre las demás, pues teniendo las mismas hortalizas que aquéllas, en la misma extensión de tierra, presentaba unas plantas mucho más lozanas, unos frutos mucho más grandes y sazonados, y una limpieza y cuidado tan grandes, que ni una sola hierbecilla, ni una piedra, ni un hormiguero alteraban el obscuro color de la tierra, que parecía una sala en lo limpia y bien nivelada. Preguntó el señor ingeniero á los que le acompañaban quién era el propietario de aquella pieza ó parcela, y le contestó el alcalde:

—Eso es de un mozo del pueblo, soltero y muy ricacho, pero que por capricho suyo lo cultiva por sí y ¡claro!, como no escasea ni el trabajo ni los abonos, y la tierra es buena, nos echa á todos por delante, y si un vecino saca 1.000 pimientos de su pedazo, él saca 2.000 del suyo.

Alabó el ingeniero el capricho del rico, y después de aconsejar á los que iban con él que procuraran imitarle, quiso conocerle, y al volver al pueblo lo fueron á buscar, y tanto simpatizaron uno con otro, que prometió el mozo visitar al ingeniero en la ciudad. Así lo hizo al poco tiem-

po y fueron muy amigos. Con los consejos de aquel tan inteligente ingeniero, aún mejoró el ricacho el cultivo de su suerte en el regadío y el de todas sus fincas, de modo tal, que fué haciéndose más y más rico, y á los pocos años se casó con una hermosa señorita de la ciudad, á la cual se fué á vivir, abandonando por tanto su finca, que arrendó con las demás que constituían su patrimonio.

Hízose con esto más íntima su amistad con el ingeniero. Pasaron más años, y tuvo el rico un hijo, al cual Dios no le concedió hermanos, y ya por esto, ya porque su padre, aunque cada día más rico, no entendía mucho de educación y porque su mujer falleció poco después del nacimiento de Tomasillo (que así se llamaba el hijo del rico de mi cuento), es lo cierto que le fué dejando hacer su voluntad, no se dió prisa para que fuera á colegio ni á escuela alguna, y sólo se cuidó de que se criara sano y robusto. Algunas veces le decía su amigo el ingeniero:

—Mucho crece Tomasillo y poco le enseñas.

—¡Tiempo tiene de romperse los sesos con los libros!

—¡Si al menos lo mandarás al pueblo de cuan-

do en cuando para que le tomara gusto al campo y á la agricultura!

—¡No quiero que sea destripaterrones!

En estas y las otras, Tomasillo se encontró hecho un hombre cuando su padre empezaba á ser un viejo; y de tal modo se había acostumbrado á gastar el dinero que á manos llenas le daba éste, á imponer su voluntad á todo el mundo y á no trabajar en nada ni para nada, que después de mil locuras y francachelas, en las que más de una vez hubo de intervenir la policía, tuvo cierta noche un altercado en una casa de juego con gente de mal vivir, y pasando con ellas de las palabras á las obras, fué muerto en riña en mitad de la calle, acabando de tan mala manera una vida tan mal empezada.

No quiero pintarte la pena que tendría su honrado padre. Su amigo el ingeniero, que no le abandonó un momento, le aconsejó, pasados unos meses de su desgracia, que se volviera al pueblo para buscar en sus antiguas aficiones y trabajos un consuelo á su tremenda desgracia. Hízolo así el pobre padre, pero exigiendo al amigo que le acompañase los primeros días, á lo que él accedió.

Trasladados al pueblo, una de sus primeras

salidas fué al pedazo de huerta que había sido el asombro del ingeniero y la base de su amistad. También aquel día les acompañaban muchas personas de lo principal del pueblo; pero ¡ay! al llegar al pedazo, no pudo menos de decir su dueño:

—¡Lástima de tierra! ¡Quién la conoce!

—Efectivamente—dijo uno de los acompañantes.—El que se la arrendó á usted no la tiene muy limpia y arreglada que digamos. Ahí viene precisamente.

Acercóse el colono, y al preguntarle el rico afligido cómo tenía su tierra tan llena de cardos, zarzas enredadas y espinosas y hierbas altas y duras, contestóle:

—Por cariño y respeto á usted, señor amo. Tanto me dijeron que la quería usted, que no quise herir la tierra con la azada, ni las plantas con la hoz. ¡Me parecía que le había á usted de doler como si fuera en su carne!

—¡Más me duele verla infructuosa y yerma al lado de esos pedazos, sus iguales, limpios y productivos! ¿Qué importaba el daño de la tierra, si Dios la crió para que la hieran con el instrumento de labor?

—¡Así es!--dijo á la sazón el ingeniero;--pero

debo decirte, para ejemplo de los que nos escuchan, que tú has incurrido en el mismo error que le achacas á este pobre aldeano. Dios te dió un hijo, tierra virgen que tú habías de roturar, y honrados maestros labrar y pulir. Por miedo de lastimarle no arrancaste de su alma las zarzas de la holganza, las hierbas del vicio y las rocas del orgullo, y así viste tu obra deforme é inútil entre las otras, limpias y productivas.

No cogiste cosecha, y sólo punzadas de las espinas que dejaste crecer, creyendo que no debías arrancarlas, sin esperar que así como Dios hizo la tierra para que la despedazase el arado, ¡así hizo al hombre para que le desbaste la educación, á fuerza de sudor y de lágrimas! ¡Pobres tierras y pobres hombres cuando carecen de cultivadores!

Calló el ingeniero, lloró el padre, aprendieron los que oyeron, cundió el ejemplo en todos, y hoy da gusto ver cómo labran sus tierras y cómo educan á sus hijos aquellos honrados labradores del pueblo de mi cuento.





XIII

¡NUNCA CONTENTOS!

Cuando llega el invierno
Con sus rigores,
Todos nos acordamos
De los calores,
Y así decimos:
—¡Ay, Señor, con el frío
¡Qué mal vivimos!

En cambio, en el verano,
Si el sol abrasa,
Esperando el invierno
Se dice en casa:
¡Dichoso estío.
Cuándo, Señor del cielo,
Llegará el frío!

Si la lluvia descende
Copiosa un día,
Deseamos del cielo
Ver la alegría.
Y, cuando arrasa.
Vemos que tanta seca
La tierra abrasa.

—
Sin un duro siquiera
Se está en un brete,
Y si tenemos uno
Queremos siete.
¡Y esto no es cuento;
Si logramos los siete,
Queremos ciento!

—
Si somos labradores,
¡Quién fuera cura!
¿Hacernos sacerdotes?
—¡Oh, que locura!
—¡Mejor seglares!
—¡Qué bien lucen y triunfan
Los militares!

—
Todos quieren las penas
De sus vecinos,

Las muestras son mayores.
¡Qué desatinos!
Si las cambiaran
Siempre fueran más grandes
Las que tomaran.

—
Para esto hay un remedio,
Sólo un camino:
Vivir todos conformes
Con su destino.
Y del ajeno
Reparar bien lo malo,
¡Nunca lo bueno!



LAS ILUSIONES

En un barrio apartado de una populosa ciudad, vivía una vieja de las de barba de gancho y nariz de gotera, sin más compañía que su gatito y sin más familia que la que hacía muchos años había salido para el último viaje del que nunca se vuelve; á pesar de lo cual, y como tenía con qué vivir sin solicitar la limosna y era buena y alegre como unas castañuelas, la querían en el barrio y la llamaban con curiosidad y con un poco de lástima burlona cuando la veían á la ida ó á la vuelta de sus excursiones pasar por las calles con su bastón siempre en la mano y su cantar entre encías, pues los dientes nadie se los llegó á conocer en la boca.

Todos los días, después que despachaba la

viejecita su frugal comida, compuesta de unas patatas bien sazonadas, ó unas sopas no menos sabrosas y un vaso de leche, agarraba su bastón, y, si el tiempo no era muy malo, se iba al campo, siempre cerca, pues sus cansadas piernas no la permitían alejarse; y allí se la veía registrando las matas, escudriñando los preduscos ó acechando con gran cuidado detrás de un árbol como si temiese ser vista. Cuando algún conocido la contemplaba, pasaba de largo diciendo:

—¡Ya está la tía Pendeja de caza!

A la vuelta de sus paseos, los días en que podía darlos, ó mientras la lluvia ó la nieve se los impedía, se pasaba muy largas horas con su calceta en casa de alguna vecina, en la tienda de enfrente ó en el taller de al lado. Era la vieja burlona y graciosa como ella sola, y con tal ingenio sabía contestar á todo, que deseaban en el barrio su trato y conversación; tanto más, cuanto que jamás hablaba mal de nadie ni se enfadaba con ninguno.

Cuando le preguntaban que si seguía en su afán de cazar, solía decir:

—Como mi renta no me alcanza á probar la carne, si cojo una liebre, si mato un conejo, ó

consigo una perdiz, ó siquiera una calandria, ¡bien me rechuparé los dedos de gusto!

—Pero, tía Pendeja—le replicaba un día el carpintero en cuya casa estaba,—¿cómo va usted á cazar tan cerca de la ciudad? ¿No ve usted que por donde usted va todo el mundo cazaría?

—Oye, guapo mozo, ¿todos los que pasan por tu taller te encargan trabajo?

¡Ojalá, tía Pendeja!

—¡Pues tampoco todos los que salen al campo salen á cazar!

—Pero, buena mujer—le replicó la esposa del carpintero,—¿cómo ha de cazar usted si no lleva más armas que su bastón, ni perro que olfatee, ni galgo que persiga?

—A eso te diré que no sólo las guapas se casan, y que muchas mujeres, sin el arma de la hermosura y sin los perros de la coquetería, cazan maridos que se han escapado á las más peripuestas ojeadoras.

Con esto se calló la mujer del carpintero, que era más fea que un día sin pan ó un bolsillo sin blanca.

No había manera de convencer á la viejecita, que un día tras otro salía al campo llena de ilu-

sión y volvía sin caza ninguna, pero siempre contenta y siempre sonriendo.

¡Vaya con Dios, tía Pendeja! ¿Ha caído pieza?—le preguntaban de las puertas al verla entrar en la ciudad.

—Todavía no, hijo; pero, ó mucho me engañan las señales que hoy he observado, ó no tardaré mucho en comer liebre con arroz.

Y pasaban los días, y pasaban los meses, y transcurrían los años, y nunca llegaba el tan deseado día de comer la caza.

Tanto cundió la fama del extraño capricho de la vieja, que llegó al centro de la ciudad y lo supo una señora rica y de las más principales, que tuvo el capricho de conocerla, y fué al barrio y charló con la tía Pendeja, se enteró de su vivo deseo por la caza, de lo alegre é inofensivo de su conversación y de las demás cualidades que la adornaban, y de vuelta á su palacio, ordenó aquella señora que todos los días le llevase un criado de su casa, á la hora de comer, un plato de caza bien blandita y cuidadosamente condimentada. Cumplióse la orden; y el primer día se comió la vieja el guisado y aun guardó buena ración para la noche; pero no salió al campo, y como hacía una tarde apacible, se la

pasó por la calle contando su comida, pero sin la alegría y el buen humor de siempre. Los días siguientes pasó lo mismo, y sus vecinas la solían decir:

—¡Qué suerte, tía Pendeja! ¡Bien se atraca usted ahora de platos excelentes!

Pero la vieja iba perdiendo su buen humor, decayó su apetito, y á las pocas semanas dijo al criado que le llevaba como siempre:

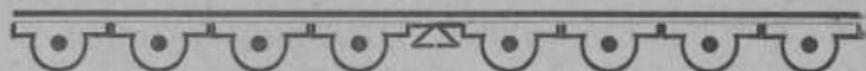
—Dile á tu dueña que guarde esa limosna para otro pobre más necesitado, que yo no la puedo aprovechar. ¡Me cansa la caza!

Insistió la señora en mandársela y ella en no aceptarla, y en éstas y las otras, cayó enferma la viejecita, acudió el médico, dijo que era cosa de preparar el alma, confesóse la vieja y mandó llamar á la señora y á sus vecinas más queridas y habló de esta manera:—Mucho le agradezco á usted, buena señora, sus atenciones; pero usted no sabe que me quitó mi última ilusión, y que con la última ilusión se va la vida. Yo, que no podía tener como mis vecinas esperanza alguna en el amor, en el dinero, en mis hijos ó en mis parientes; yo, que no tenía otra ilusión que la de comer caza, perseguía la caza como se persigue la felicidad; con un palo y mis débiles

piernas creía posible coger las velocísimas liebres, los astutos conejos ó las voladoras perdices, así como las que me escucháis intentáis conseguir en la tierra la felicidad que sólo está en el cielo. Cuando ví cumplida mi última ilusión no me quedó nada que esperar y, así como el portero que aguarda que salga el último visitante, y cuando éste ha salido, cierra la puerta, así el alma cuando no espera nada en el mundo, se va de él por mandato de Dios. ¡No desee usted, señora, no deseéis vosotras, buenas vecinas, que se realicen todas vuestras ilusiones! ¡Pobre del que se ve en este caso! ¿Sábéis cómo lo evitaréis? Poned por encima de vuestros sueños y esperanzas la ilusión en otra vida mejor. ¡Esta es la única que nos endulzará la muerte!

Así acabó la vieja del cuento. Desde entonces, cuando en aquel barrio hay algún desgraciado que se desespera de su desdicha, suelen decirle:—«Más difícil que el que se acaben tus penas era la caza de la tía Pendeja, y por harta la deja».

Con lo que se consuelan en sus desgracias y no se alegran demasiado en sus prosperidades.



XV

COLORÍN... COLORADO

Se han concluído por ahora las narraciones de este, tu nuevo amigo. Muchas más cosas y muchos más sucesos quisiera contarte; pero como estas lecturas son la de puro pasatiempo y tienes mucho en qué aplicarte y mucho en qué trabajar para hacerte hombre, con lo dicho basta para que, si has aprendido mis cuentos, sepas apreciar por el del segundo capítulo lo que vale la amistad de un buen libro y á él te aficiones, sin desatender tampoco los demás deberes que tus superiores te impongan; procura ser ó el diamante labrado ó la perla pura y modesta. Huye del atolondramiento de Curro el andaluz, trabajando con método y constancia como el mozo de la farmacia; no olvides las vir-

tudes que has de explotar en tu alma, entregándote para ello al cultivo de los maestros, y medita alguna vez á la orilla del río ó del arroyo en ese Infinito que te mira y cuya bondad corre, corre en ondas eternas, si no secan sus fuentes tus maldades.

Y ahora, cuenta estas narraciones á tus amigos y cierra el libro. Conmigo ya has tenido una conversación mental que deseo con toda mi alma te sea provechosa.

ÍNDICE



	<u>Páginas.</u>
I.—Pues Señor.....	3
II.—Las dos Amistades.....	5
III.—La varita de las siete virtudes.....	9
IV.—Pobres y Ricos.....	13
V.—El brillante y la perla.....	16
VI.—Un derroche.....	21
VII.—El árbol y el niño.....	26
VIII.—El infinito.....	29
IX.—Lo cierto y lo dudoso.....	36
X.—La tormenta.....	42
XI.—El tonto de mi lugar.....	48
XII.—Los dos cultivos.....	54
XIII.—¡Nunca contentos!.....	60
XIV.—Las ilusiones.....	63
XV.—¡Colorín... Colorado!.....	69



